

En la *Breve Historia del cerebro* se puede leer una historia detallada de las lobotomías hasta la utilización de la clorpromazina y sobre los detalles que concluyeron en el uso de la palabra sinapsis. También hay lugar para historias lo suficientemente sugerentes como para explicar, por sí mismas, una idea científica; es el caso, por ejemplo de Clive Wearing, el hombre que perdió su hipocampo y que solo tenía siete segundos de memoria.

He encontrado en esta cuidada edición un *lapsus calami*: Camilo Golgi no desarrolló ningún método de tinción en la Universidad de Padua (p. 119), sino en la de Pavía, ciudad a la que estuvo ligado durante su vida ya que de su Universidad fue alumno primero y Rector después.

En resumen, esta historia de la neurociencia es una historia lineal, bien documentada, amena, atractiva y muy recomendable para cualquier lector medianamente culto e interesado en los aspectos fundamentales de las disciplinas neurobiológicas.

Francisco Teixidó Gómez

Dr. Alzheimer, supongo

DOUWE DRAAISMA

Ariel, Barcelona, 2012, 397 pp. 22 €, ISBN 978-84-344-0069-6

Lo primero que se puede decir de *Dr. Alzheimer, supongo* es que es un libro con un título especialmente sugerente. La impresión inicial es el paralelismo del mismo con la famosa frase del no menos famoso David Livingstone, el médico, misionero, naturalista y explorador escocés que descubrió las cataratas Victoria y que cuando fue encontrado por el periodista estadounidense Henry Morton Stanley le dijo la conocidísima frase. El subtítulo de la obra es: *y los otros 11 científicos que dieron nombre a los trastornos de la mente*, que aclara, al menos en parte, su contenido.

La obra es de Douwe Draaisma, profesor de Teoría e Historia de la Psicología en la Universidad de Groningen y autor de numerosos textos de divulgación neurocientífica, entre los que se puede citar *Por qué «el tiempo vuela» cuando nos hacemos mayores* (que publicó Alianza). La primera edición en castellano, de mayo de 2012, ha sido realizada por Ariel.

Pues bien, este libro es el descubrimiento de una gran obra que se ocupa de unos aspectos extremadamente interesantes de la neurociencia. Se trata de 12 personajes que han pasado a la historia como intelectuales recordados, entre otras cosas, por el epónimo de una enfermedad (síndrome de Capgras) o de una estructura biológica (áreas de Brodmann). Y es que en muchos casos el nombre del científico es más que

suficiente para definir la patología: tiene Parkinson, padece Alzheimer, etc. y, en otros, el nombre evoca al lector cultivado alguna porción cerebral: Broca, Brodmann... Sin embargo, el epónimo médico se utiliza para honrar la primacía del descubrimiento y, a veces, quizá en demasiadas ocasiones, en justicia no debería haber recaído en el investigador que lo tiene y es que, por un lado, las casualidades que llevan a la fijación del nombre de la patología son herméticas y, en otros, aunque se quiera reparar la injusticia de la asignación del nombre, como muy bien dice Draaisma: *una vez que un epónimo ha encontrado aceptación, es más imborrable que un nombre labrado en mármol* [p. 225]. Completan el libro las notas y un índice onomástico.

El autor pasa revista a 12 nombres, y hombres, clave de la neurociencia y nos acerca a su vida desde diversos puntos de vista científicos, se adentra en el cómo se llegó a titular la enfermedad con el epónimo correspondiente, en el mérito del mismo, las vicisitudes posteriores, la terminología clásica y la moderna de las diferentes patologías, etc. Douwe Draaisma no permanece en el recuerdo histórico del gran científico, sino que avanza hasta sonsacar las diferentes facetas de la patología en cuestión; y lo hace con amenidad, sabiduría y elegancia intelectual. Lo que no excluye que pueda ser crítico con el único neurocientífico vivo de los 12 que componen el libro; de Damasio escribe, parodiando un libro del neuropsiquiatra de origen portugués (*El error de Descartes*): *El error de Damasio consistió en no reconocer un aliado en Descartes* [p. 101].

Los capítulos del libro están dedicados a cada una de los personajes y tienen un epígrafe original: así, por ejemplo, el síndrome de Korsakov es tratado con el título de «Aguardiente siberiano» y la enfermedad de Parkinson con el de «Una atormentadora ronda de temblores». En cualquier caso, si usted desea leerlos en otro orden puede hacerlo sin sobresalto alguno.

Los científicos referencia del libro son: Korsakov, Parkinson, Damasio, Bonnet, Broca, Jackson, Tourette, Alzheimer, Brodmann, Clérambault, Capgras y Asperger. Pero estos intelectuales no son más que el punto de partida para que el autor nos muestre mucho de lo que sabe y que lo haga con amenidad y rigor.

El último capítulo del libro es un perfecto resumen de lo que es un epónimo científico, que representa una expresión del poder intelectual de la persona que nombró la patología y de su influencia en el mundo médico, porque aunque es muy raro que los epónimos se adjudiquen a científicos que no han contribuido de algún modo, aunque sea muy superficialmente, al descubrimiento, no supone que pueda servir para identificar al primer descubridor.

A veces las incursiones del autor en otros terrenos, por ejemplo en la literatura, sugieren emociones especiales. Así, la *Historia de dos ciudades*, de Dickens, es una novela del Londres de finales del siglo XVIII en la época en la que Parkinson tenía allí su consulta y los médicos, para sus estudios anatómicos, dependían de los «ladro-

nes de cuerpos», dos de los cuales (los Cruncher) aparecen en la novela del inglés. Hay momentos en los que la relación literaria es más directa; es el caso del adolescente, Christopher Boone, que sufre el síndrome de Asperger y es el protagonista de la novela *El curioso incidente del perro a medianoche* de Mark Haddon.

Asimismo, aparece en el texto la resistencia a aceptar lo nuevo cuando hay preconcepciones que están sólidamente instaladas en la mentalidad científica. Así, a propósito de Broca, se puede ver la intransigencia intelectual a la hora de reconocer la existencia de un hemisferio para el habla, ya que chocaba con la ley de simetría de Bichat. Las teorías de Broca se enfrentaron a frases pronunciadas en ambientes científicos como las siguientes: *¿Acaso creemos que con la oreja derecha leemos las notas do, re, mi y fa, y con la otra sol, la y si? ¿O que con la fosa nasal derecha solo olemos los olores agradables y con la izquierda los desagradables?* [p. 112]. En el mismo sentido, también fue rechazado «por inapropiado», por miembros de la Facultad de Medicina de Berlín, el impresionante trabajo de anatomía topográfica de Brodmann.

No es raro que el lector encuentre algunas explicaciones de científicos que, en algún caso, por intentar ser novedosas, se convierten en extravagantes, al menos a la neurociencia actual: Sándor Ferenczi, discípulo de Freud, afirmaba que el síndrome de Tourette tenía una razón psicoanalítica según la cual *los movimientos espasmódicos eran una expresión simbólica de la masturbación como resultado de reprimir impulsos eróticos* [p. 192].

En el libro se pueden leer situaciones que, aplicadas a la neurociencia, confirman el hecho de lo importante que es encontrarse en el lugar adecuado en el momento oportuno. Así, por ejemplo, Alzheimer se mudó a Múnich porque el director de la Clínica Real Psiquiátrica le había encargado la dirección del laboratorio de anatomía, sin remuneración económica — *incluso asumía el coste del trabajo de los dibujantes y fotógrafos, así como la adquisición del equipamiento necesario* [p. 209] —, lo que no importaba ya que gozaba de una situación desahogada. Lo sustancial es que en el laboratorio disponía del mejor instrumental y... los mejores visitantes: Lewy, Creutzfeldt, Jacob, etc.

En la obra hay un lugar para los españoles... pero curiosamente se produce en el primer capítulo en el que el autor explica el concepto de epónimo. ¿Quizá en la edición española? Lo cierto es que aparecen José de Acosta, Gonzalo Rodríguez Lafora, Ignacio y Luis Barraquer y Santiago Ramón y Cajal. Más adelante, al referirse al síndrome de Clérumbault, Draaisma refiere que *este médico había oído hablar de una técnica novedosa para la operación de catarata* [la «operación Barraquer», epónimo debido a Ignacio Barraquer], *según la cual se procedía a su extirpación mientras esta aún se estaba desarrollando* [p. 278].

Algunas «cosas» hemos encontrado en esta cuidada edición: Parkinson tuvo un «epónimo paleontológico» en la especie *Parkinsonia parkinsoni*, que es un amonite y no un amonito [p. 46]; varias veces aparece *evolucionario* [p. 145] en lugar de evo-

lutivo; leemos un sorprendente *satín* [p. 268], en lugar de satén. Sospecho que son errores de la traducción.

En fin, todo en el libro resulta atractivo, desde la primera hasta la última página, legible por cualquier público con un mínimo nivel intelectual e interesado por los pormenores de la ciencia. ¡Un auténtico placer!

Francisco Teixidó Gómez

Das Zeitalter des Geheimnisses. Juden, Christen und die Ökonomie des Geheimen (1400-1800)

DANIEL JÜTTE

Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen, 2011, 420 pp.

La época de los secretos, reconstruye dos tipos de *secretos*, tanto por parte de los cristianos como de los judíos. Por un lado, los *conocimientos secretos* o *arcanos* fundamentales de origen fundamentalmente bíblico, como son los arcanos naturales, los arcanos divinos, los arcanos imperativos, los arcanos del mundo y los arcanos del corazón; o bien la *economía del secreto*, que compartirían este carácter con la alquimia, la medicina, la literatura, la magia, la astrología, la nigromancia, las ciencias ocultas, al modo como era práctica habitual en la cabala judía. De ahí el subtítulo: *Judíos, cristianos y la economía del secreto (1400-1800)*. Sin embargo este tipo de ciencias y actividades ocultas también podían proceder de la tradición aristotélica, obligando a revisar la noción de ciencia en Aristóteles.

En efecto, para Aristóteles todos los conocimientos científicos configuran un saber por causas y acerca de lo universal y necesario. Sin embargo ahora también se tuvieron que considerar científicos los hallazgos alcanzados por las ciencias ocultas, aunque no pudieran aportar un conocimiento pormenorizado de las causas de sus respectivos objetos, teniéndose que conformar con la comprobación de sus efectos. En este sentido la divulgación popular de las ciencias ocultas ahora se considera como un paso obligado para la posterior implantación de una «nueva ciencia» galileana de carácter en sí mismo público, donde programáticamente se evita el tratar de hacer del secreto o de las virtudes ocultas un valor positivo a tener en cuenta, a diferencia de lo que ocurría en la Edad Media e inicios de la moderna. En cualquier caso la *economía de lo secreto* acabaría pasando por tres momentos:

a) La fase de *formación inicial* de este paradigma de la *economía* o *estrategia del secreto*, ligado a la transmisión de determinadas *ciencias ocultas* que habrían sido descubiertas a través de los árabes por determinados especialistas judíos frente a la